

# Campaña anticomunista y los católicos

**P**UBLICACIONES, conferencias, inscripciones murales (no siempre acertadas), nos hablan de una sensibilidad popular que va tomando cuerpo. Hoy nadie duda, entre nosotros, que el lejano peligro comunista está a las puertas e incluso dentro de nuestras fronteras.

Aún para quienes Argentina era, hasta hace poco, terreno menos propicio para la ideología marxista, la visión de una América Latina en efervescencia y la realidad de una Cuba comunizada, ha abierto los ojos. Frente al hecho, las reacciones han corrido paralelas a las concepciones de vida. Mientras un sector de la población propugna abiertamente su adhesión, sino al comunismo internacional, al menos al comunismo nacionalista, otra parte, y por variados motivos, se aglutina en torno a un movimiento llamado, en expresión poco feliz, "campaña anticomunista".

Tal campaña no deja de tener serias dificultades intrínsecas y no es la menor esa sensación fatalista que domina a no pocos. Quizás el mayor éxito del comunismo radique en haber convencido a un amplio sector, de lo inevitable de su avance. No se piensa en frenarlo sino en la actitud a adoptar cuando él domine el país. Estado psicológico, cuya peligrosidad salta a la vista. Es imposible enfrentarse victoriosamente a un enemigo considerado irrefrenable. En el fondo, quienes así reaccionan han asimilado el eje básico de la doctrina de Marx: la dialéctica de la historia.

Lógicamente el primer objetivo de la campaña debería volcarse sobre estos núcleos de pusilánimes y convencerlos que lo inevitable no existe, mientras no lo condicione así la actitud humana. Fuera de este aspecto previo, la campaña, en sí misma, no deja de plantear serias dificultades que procuraremos esclarecer y objetivar.

\* \* \*

*Ante todo, su misma legitimidad. Está fuera de discusión el derecho de la sociedad a la autodefensa. En el planteo actual tampoco se pone en duda la peligrosidad del enemigo. Lo que sí exige matices, es el modo de enfrentarse a él. La aclaración no es accesorio dada la belicosidad que en ciertos grupos, asume la campaña. Ni siquiera bajo el rótulo de anticomunismo es lícito tomar represalias pri-*

*vadas contra individuos e instituciones. Supuesta una legislación, la acción violenta sólo corresponde a los agentes ejecutores de la misma y aún a éstos, únicamente, dentro del ámbito legislado. Si la ley no contempla ciertas situaciones, es la ley la que debe ser reactualizada equilibradamente.*

\* \* \*

La campaña emprendida por los núcleos ciudadanos deberá centrarse en torno al esclarecimiento ideológico y, como diremos más adelante, en torno a una auténtica y positiva respuesta en el plano de las realizaciones sociales.

Y si el esclarecimiento ideológico es fundamental, la veracidad de los planteos es condición indispensable y previa.

Sólo partiendo de los hechos reales, reconociendo su exacta proporción y el grado de su influencia en la sociedad, se puede avanzar hacia soluciones positivas. Querer ignorar la trágica situación de media humanidad, exagerar la seguridad de las propias ventajas logradas dentro de un sistema caduco, es venderse inconscientemente y exponerse a predicar en el desierto.

Por eso mismo, cualquier tergiversación o falsificación de los hechos, sólo puede tener un resultado de efectismo inmediato que será pronto contrabalanceado por la confusión o la reacción irritada de quienes se habrían sentido objeto de una farsa.

Tomemos, por ejemplo, la documentación sobre la infiltración cubana en Argentina. No nos corresponde a nosotros dictaminar sobre su autenticidad o su falsedad, pero sí nos es lícito medir las tremendas consecuencias que sobrevendrían en la segunda hipótesis.

La autenticidad de los documentos no sería sino un elemento más —ciertamente gravísimo— del empeño de penetración marxista en América latina. Pero ¿si resultaran una burda falsificación? La masa popular, que no distingue matices, que no sutiliza, concluiría inevitablemente que el peligro comunista no es tal, y que quienes lo agitan se mueven por razones inconfesables y por consiguiente, adversos a los intereses populares. Falsos o no, ya la simple demora en la presentación de tales documentos, provocó en los ánimos un escepticismo peligroso.

Si la frase de la Escritura "la Verdad os hará libres", tiene valor universal, en el enfrentamiento con la mixtificada propaganda comunista, ella debe ser piedra angular. No se puede pretender salvar al mundo libre con la esclavitud de la mentira.

*Relacionada con el problema de la verdad, la campaña anticomunista presenta una doble problemática para sus integrantes: el aspecto político y el aspecto religioso.*

*No es un secreto para nadie, que los diversos partidos políticos empeñados en ella han acudido a las asociaciones católicas en demanda de apoyo. Pedido legítimo si se piensa en la enorme fuerza espiritual de la Iglesia Católica y en su insobornable fidelidad a los principios evangélicos. Pero el peligro salta a la vista cuando se piensa en lo que significa la política, sobre todo, en nuestros países. Fácilmente, el político estará tentado de escudar su campaña en la autoridad de la Iglesia; insensiblemente se sentirá llevado a proponer su punto de vista como el único aceptable para los católicos. Y ya sabemos que la solución técnica en el campo social no es única. Aún dentro de lo legítimo caben multitud de enfoques. El político, por bien orientado que esté, no podrá pretender nunca ser el único canalizador de la verdad.*

*Si a este peligro, inherente a toda política, añadimos el caso concreto de los partidos argentinos, se verá hasta qué punto el riesgo confusionista amenaza tal actitud.*

*Entre nosotros, fuera de los partidos extremistas (de derecha o izquierda) con ninguno de los cuales puede coincidir la mentalidad católica, la casi totalidad de las agrupaciones presentan un centrismo tan indefinida y difuso, que la sola identificación con la Iglesia arrastraría a esta, frente a la opinión, a una postura antisocial y antipopular.*

*El católico, en cuanto a ciudadano, podrá tener sus preferencias hacia una u otra solución del problema, pero no podrá nunca, por acertada que ella sea, propugnarla como la solución única de su fe.*

*La Iglesia no es una sistemática social, menos aún una panacea de soluciones técnicas. Su función es específicamente religiosa y en tanto su misión se extiende al campo de las diversas técnicas en cuanto ellas se relacionan con la conciencia religiosa de sus súbditos. Su oposición al comunismo, aún a sus soluciones concretas, está determinada por esa relación íntima entre el materialismo ateo y sus consecuencias en las técnicas prácticas de aplicación.*

*Luckaks, máximo exponente de la crítica marxista, dentro del marxismo, afirma que sólo es revolucionario aquél que en cada uno de sus actos particulares se refiere al universal, a una concepción total del universo. Y esta es la razón última de la Iglesia en su oposición a las soluciones marxistas. Para el comunismo auténtico, no existe una sola*



solución concreta que no esté íntimamente trabada con el conjunto total de su concepción del universo. El principio hegeliano juega aquí un papel esencial.

Pero mientras se salve el mundo sobrenatural y la fraternidad entre los hombres —fraternidad que nunca podrá obtenerse con la lucha de clases propugnada por el marxismo— la Iglesia dejará plena libertad a sus hijos para escoger el camino que juzguen más apropiado en las realizaciones terrenas. Semejante libertad exigirá del fiel católico la contrapartida de la lealtad.

En ningún momento podrá pretender arrastrar hacia sus concepciones particulares, sobre cuestiones prácticas, el apoyo y el prestigio de la Iglesia; menos aún, por supuesto, utilizarla en provecho de sus intereses egoístas o de clase.

\* \* \*

El riesgo acechará siempre a quien pretenda lanzarse —y todo católico, por serlo, debe intentarlo— a la edificación de la ciudad terrena. La confusión de planos, con todo, no es inevitable, si una profunda formación y una recta orientación guía sus pasos.

*“De la instrucción y de la educación es preciso pasar a la acción. Es un deber que corresponde sobre todo a Nuestros hijos del laicado, estando ellos, en virtud de su estado de vida, ocupados habitualmente en el desenvolvimiento de las actividades y en la creación de instituciones de contenido y finalidad temporales.*

*En el ejercicio de una función tan noble, es necesario que Nuestros hijos no sólo sean profesionalmente competentes y ejerzan las actividades temporales según las leyes a ellas inmanentes para la consecución eficaz de los respectivos fines; sino que, es también indispensable, que en el ejercicio de dichas actividades, se muevan en el ámbito de los principios y directivas de la doctrina social cristiana, con actitud de sincera confianza, y siempre en relación de filial obediencia hacia las Autoridades Eclesiásticas. Tengan presente Nuestros Hijos, que cuando en el ejercicio de las actividades temporales no se siguen los principios y directivas de la doctrina social cristiana, no sólo se falta a un deber y se lesionan con frecuencia los derechos de los propios hermanos, sino que se puede llegar al punto de desacreditar la misma doctrina como si fuese noble en sí misma, pero privada de fuerza orientadora” (1).*

(1) S. S. JUAN XXIII: *Enc. Mater et Magistra*, Nº 64, págs. 123-24. Ediciones CIAS. Buenos Aires.

Supuestas estas condiciones fundamentales ¿cómo deberá el católico enfrentar la solución del problema social? Preferimos esta expresión al término "campana anticomunista."

El doble origen del malestar contemporáneo señala simultáneamente el doble cauce de su actitud.

Dos causas podrían señalarse como fuentes de la crisis actual; una material, que no es otra que la injusticia generalizada, motivo básico del descontento y las reacciones masivas, y otra formal que ha canalizado dicho descontento por cauces del materialismo ateo. La solución, pues, no podrá nunca ser unilateral. Así como sería insuficiente una salida económica, aun suponiéndola perfecta, ya que dejaría al hombre sumido en la miseria del espíritu, sería también utópico una prédica que estuviera desmentida por una injusticia económica, que colocara al oprimido en condiciones indignas de un ser humano.

Su Santidad Juan XXIII expresa gráficamente esta doble actividad cuando escribe en la Encíclica "Mater et Magistra":

*"Después de tantos progresos científico-técnicos, y aun por causa de estos, queda todavía en pie el problema de que las relaciones de convivencia se reconstruyan en un equilibrio más humano, tanto en el interior de las comunidades políticas como en el plano mundial.*

*Con este fin, se han elaborado y difundido diversas ideologías en la época moderna; algunas ya se han diluído, como niebla a la presencia del sol; otras, se han debilitado bastante y van perdiendo ulteriormente su influjo encantador en el ánimo de los hombres. La razón de esta declinación la encontramos en que son ideologías que solamente consideran algunos aspectos del hombre y, frecuentemente, los menos profundos. Pues no tienen en cuenta las imperfecciones humanas inevitables, como la enfermedad y el sufrimiento; imperfecciones que no pueden eliminar los sistemas económico-sociales más avanzados. Además, existe la profunda e inextinguible exigencia religiosa, que se acusa constantemente y en todas partes, aún cuando se la conculque con la violencia o se la sofoque hábilmente . . .*

*Por tanto, cualquiera que sea el progreso técnico y económico, no habrá en el mundo justicia ni paz, mientras los hombres no vuelvan al sentimiento de la dignidad de creaturas e hijos de Dios, primera y última razón de ser de toda la realidad creada por El. El*

*hombre, separado de Dios, se vuelve deshumano consigo mismo y con sus semejantes, porque la relación ordenada de convivencia presupone la ordenada relación de la conciencia de la persona con Dios, fuente de verdad, de justicia y de amor.*

*Pero queda siempre que el aspecto más siniestramente típico de la época moderna consiste en la absurda tentativa de querer reconstruir un orden temporal sólido y fecundo prescindiendo de Dios, único fundamento en el que puede sostenerse y querer ensalzar la grandeza del hombre segando la fuente de donde brota aquella grandeza y de la que se alimenta, es decir, reprimiendo y, si posible fuera, extinguiendo sus ansias de Dios". (2)*

Estas frases son suficientemente orientadoras para el católico sincero. Es cierto que su acción, como ciudadano, queda librada a su personal iniciativa, pero tal iniciativa deberá siempre iluminarse con los principios de la doctrina social de la Iglesia.

Al participar en la llamada "campana anticomunista" podrá cívicamente ubicarse en uno u otro sector que armonice más con sus propias inquietudes, pero deberá dejar bien esclarecido, que por sobre sus personales simpatías, hay una orientación a la que jamás podrá renunciar: la de su Iglesia.

*"De este principio fundamental, que defiende la dignidad sagrada de la persona, el Magisterio de la Iglesia, con la colaboración de sacerdotes y seglares competentes, ha desarrollado especialmente en este último siglo, una doctrina social, que indica con claridad el camino seguro para reconstruir las relaciones de convivencia según los criterios universales, que responden a la naturaleza, a las diversas esferas del orden temporal y al carácter de la sociedad contemporánea y precisamente por esto pueden ser aceptados por todos". (3)*

El católico, debemos decir también glosando la frase de Luckaks, es un revolucionario permanente, porque no separa uno sólo de los actos de su existencia de su concepción total del universo.

*"Volvemos a afirmar, ante todo, que la doctrina social cristiana es una parte integrante de la concepción cristiana de la vida". (4)*

(2) Id., Nº 58, págs. 113-115.

(3) Id., Nº 59, pág. 116.

(4) Id., Nº 60, pág. 117.